

La derecha no paga, Presidente

CARLOS REYNA*

En 1985, cuando García tomó banderas de la izquierda para gobernar en el Perú, América Latina viraba hacia la derecha. Por eso se quedó prácticamente solo cuando la prensa internacional informaba sobre sus arrestos nacionalistas respecto de la deuda externa y los monopolios petroleros o financieros. De hecho, ya en las primeras semanas del primer Gobierno de García, Estados Unidos estuvo a punto de aplicarle a nuestro país la enmienda Brookes Alexander.

Ahora, veintiún años después, ocurre casi exactamente lo inverso. América Latina vira hacia la izquierda y un buen número de presidentes de izquierda o nacionalistas ponen en cuestión la onerosa deuda externa o la desnacionalización de sus recursos. En medio de ello, García opta por las banderas de la derecha y se ofrece como un fiel socio geopolítico del republicano George Bush en el sur del continente.

Esta evidente mutación de García debe llamar la atención de la élite política latinoamericana. Lula y Kirchner, por ejemplo, altamente interesados en promover el Mercosur no solo como una vía de integración comercial sino como una manera de contrapesar la gravitación de Estados Unidos, deben mirar sin mucho agrado todos los ruegos comerciales que el Gobierno de García le hace a Bush.

Menor simpatía debe suscitar el hecho de que, a cambio de la suscripción del Tratado de Libre Comercio (TLC), el Gobierno de García se ofrezca abiertamente a ser aliado de Estados Unidos frente a Hugo Chávez y a Evo Morales. El propio García se refirió a este último en Washington con la despectiva caracterización de «fundamentalismo cocalero andino». Profundizar las fisuras entre los países sudamericanos para agrandar a Estados Unidos no es precisamente lo más adecuado en un periodo en el que se está tratando de consolidar la Comunidad Sudamericana de Naciones. Esa ruta, más bien, puede llevar a un debilitamiento de la posición peruana en el contexto interamericano.

Hay una experiencia aleccionadora al respecto. Hace años, Chile tiene un TLC con Estados Unidos, pero no lo obtuvo a costa de sacrificar su política exterior. Especialmente durante el Gobierno de Ricardo Lagos, esta política ha sido de una decente autonomía frente a la era Bush. Eso fortaleció al Gobierno chileno en la OEA. Por ello, en 2005, con el decidido apoyo del Brasil y la Argentina, pudo lograr la elección de José Miguel Insulza a la secretaria general y ganarle el ajedrez a Estados Unidos. El Perú, que ya desde el Gobierno de Toledo ha tenido una política exterior bastante alineada con Estados Unidos, cosechó las consecuencias: no jugó ningún papel significativo en esa elección.

Esa es la primera lección que demuestra que la derecha no paga. La segunda ha sido el resultado de las recientes elecciones regionales.

Algunos prefieren llamarla madurez o pragmatismo. Otros, derechización. El hecho es que, desde la conformación de su primer gabinete de ministros, quedó claro que García había optado por postergar o abandonar sus principales promesas electorales y reemplazarlas por las opciones que habían sido planteadas por la derecha peruana. En efecto, el rosario de esta derechización tiene muchas cuentas: el ya mencionado TLC, la mano indulgentísima con las empresas mineras y de hidrocarburos, la no eliminación de la renta básica cobrada por Telefónica, el proyecto para subordinar a las ONG... en fin. En algunos casos, García se ha puesto a la derecha ya no de la bancada humalista, sino de los pocos congresistas de Acción Popular y hasta de su propia bancada. Ha vuelto a ocurrir con los derechos laborales. Y en cuanto a la pena de muerte, se ha colocado a la derecha de algunos derechistas.

Cinco meses después de iniciado este rumbo de gobierno, algunos resultados políticos ya están a la vista. En las recientes elecciones regionales, el Partido Aprista ha ganado apenas dos regiones. Por primera vez desde la década de 1930 ha perdido una elección en la circunscripción de Trujillo, altamente simbólica para el aprismo Y en Lima ha tenido una votación por debajo de su promedio

histórico.

Claro, el único factor no ha sido la derechización de García como presidente. También está la derechización del APRA como partido, que viene desde hace mucho. Y hay otros factores, como el tener presidentes regionales desprestigiados, candidatos vulnerables y el desgaste producido por las luchas intestinas. No se puede decir, entonces, que este retroceso electoral del APRA no tenga nada que ver con la política por la que optó García desde el mes de julio.

¿SEGUIRÁ GARCÍA POR ESE MISMO CAMINO?

La derechización de un partido que tuvo otra filiación en su origen suele ser perdonada por sus seguidores, si es que eso trae éxitos electorales. Ha ocurrido con la socialdemocracia europea muchas veces. Hoy, en las bases apristas se rumorea que el cambio en la línea del gobierno vendrá en enero, y eso las ayuda a mantenerse sumisas frente al «compañero Alan». Pero más ayuda, por supuesto, la sólida cultura caudillista del viejo partido. Esa que le hace decir a su actual secretario general que «Alan es más que el APRA». Esa que hará que sea este mismo secretario general el que posiblemente pague la factura de la derrota electoral.

Así que si García cavila sobre cambiar de rumbo o no, el factor decisivo no será el partido. Todas las tendencias que hay allí dentro no ven a otro líder más que a él. Más pesarán las encuestas que hieran su ego, o los movimientos sociales que eventualmente se pongan fuertes si no son escuchados. A ellos tampoco les paga la derecha. ■